



**Facultad de Ciencias Sociales**

**PELOTA ROTA**

Crónicas de los *sueños perdidos* del fútbol chileno.

**Trabajo para optar al grado de Magíster en Escritura Narrativa**

Autor: Eduardo Ortega Pérez

Director de tesis: Claudio Pizarro

Santiago de Chile

Mayo de 2023

## ÍNDICE

<b>JUAN CARREÑO</b>	4
<b>RODRIGO GOLDBERG</b>	14
<b>NICOLÁS LARRONDO</b>	25

## RESUMEN

La trayectoria del futbolista suele ser vertiginosa y la mayoría de las veces ingrata. Se trata de una carrera en la que muy pocos logran alcanzar la meta de llegar a Primera División, y ese puñado de jugadores que lo consigue, es probable, pronto enfrentará otro problema no menor: cruzando la veintena de años, de golpe se verán con un auto nuevo, miles de dólares en los bolsillos y fama, mucha fama. Firmarán autógrafos, en el mejor de los casos serán portada de diarios, se sacarán *selfies* con cientos de hinchas y les gritarán cada vez que los vean por las calles. Serán percibidos como verdaderos superhéroes.

Pero la evidencia dice que no todos están realmente preparados para procesar tanta información.

*PELOTA ROTA* busca rescatar las historias de estos personajes, algunos de los jugadores más peculiares que recuerde el fútbol chileno. Sus goles o la habilidad que desplegaban sobre el gramado son apenas una excusa para introducirnos en un fascinante mundo protagonizado por enfrentamientos, polémicas, presiones, frustraciones y lesiones, que terminaron por derrumbar sus sueños.

**Palabras claves:** Fútbol chileno, sueños, polémicas, lesiones, Candonga Carreño, Polaco Goldberg, Larrondo.

# JUAN CARREÑO

## FICHA:

Juan Enrique Carreño López

Nacimiento: 16 de noviembre de 1968 (54 años), San Fernando, Chile.

## Carrera deportiva:

- Unión San Felipe (1987)
- Deportes Linares (1987)
- Deportes Colchagua (1988)
- Colo Colo (1989)
- Ñublense (1989)
- Naval (1990)
- Cobresal (1991)
- Coquimbo Unido (1992)
- Everton (1993)
- Unión Española (1993-1994)
- Pumas de la UNAM (1994)
- Cobreloa (1995)
- Deportes Concepción (1996-1997)
- Huachipato (1998)
- Deportes Iquique (1999)
- Everton (1999)
- Santiago Morning (2000)
- Deportes Concepción (2003)

## Palmarés:

- Copa Chile (1990, Colo Colo)

## Selección chilena:

- Disputó diez partidos entre 1993 y 1998. Un gol: a Bolivia (16/11/1997).

## **EL MANUAL DE CARREÑO: VIVIR (COMO FUTBOLISTA) ES MORIR**

El silencio que suele anteceder a la tragedia aquí se produjo después de la tragedia. Fue breve, pero se escuchó. En la línea de tiempo, podría ubicarse emparedado entre el sonido que devino por el choque de los puños contra el rostro y el alboroto de los mil y tantos hinchas que llegaron hasta el Estadio Parque Schott de Osorno, vociferando contra el enemigo de turno.

El domingo 27 de septiembre de 1998 por la tarde se disputó el Superclásico del fútbol chileno en el Estadio Monumental, pero casi nadie habló de él: para entonces todas las miradas se habían trasladado al sur del país. Allá, al cierre del partido que enfrentó al local, Provincial Osorno, y a Huachipato, Juan Carreño era uno de los hombres que conformaban la barrera que ordenó el arquero de la visita. Osorno disponía de un tiro libre a favor, a unos veinticinco metros en línea recta del arco rival.

Entre el tumulto y los forcejeos típicos que suelen adornar esta clase de situaciones para abrir o esconder un posible camino al gol, Carreño por un momento se desentendió para responder a un pequeño raspón. Eso se vio en la grabación posterior: un pequeño raspón en su pierna izquierda. Podemos imaginar que estuvo acompañado de una sacada de madre, tal vez de algún comentario desafortunado sobre su pareja o su familia. Algo normal en medio del fragor de la batalla, pero capaz de hacer brotar toda clase de sentimientos negativos.

Quizás esa sea la única manera de entender la reacción del delantero, que giró hacia su izquierda y a la vista de todos tumbó a un jugador de Osorno con el puño cerrado. Un gancho de derecha, rápido, no muy vistoso pero preciso a la boca del estómago, como si exactamente en ese lugar Carreño hubiera advertido el cruce de dos líneas.

—Juanito, te vi —se apresuró a reconvenirle Carlos Chandía, histórico árbitro nacional, entonces en su primer año dirigiendo, antes de mostrarle la tarjeta roja. No había mucho que reclamar.

Lo siguiente es la imagen de Carreño, «Candongga» como lo conocían los hinchas del balompié local, acompañado por Yuri Fernández, asistente técnico de Huachipato, caminando lentamente en dirección al centro del campo. Lo esperaba el arquero de Provincial Osorno, Hernán Caputto.

\*

Juan Carreño era un nueve de área típico. Tronco, pero de buena madera. Había debutado una década antes sin necesidad de hacer inferiores y, a esas alturas, sumaba varias decenas de goles en Primera División. Su fuerte era el juego aéreo: medía un metro 85 y pesaba más de 90 kilos. Su figura intimidaba. Y en el área parecía agrandarse. Era como estar viendo un tótem de varios metros con flequillo. Imaginamos, así también lo percibían sus adversarios.

Ese mismo año, el técnico de Universidad Católica, Fernando Carvallo, lo llamó para conocer su situación contractual. Necesitaba un reemplazo de Alberto Federico Acosta, su jugador franquicia, que se había marchado al Sporting de Lisboa, de Portugal. Entonces pensó en él. Pero como pasó en otras oportunidades, la propia dirigencia del cuadro cruzado se opuso al fichaje. Una cuestión de mala suerte..., o de malas decisiones.

En 1994, Juan Carreño, estrella de la Unión Española que llegó a cuartos de final de la Copa Libertadores, decidió fijarse un sueldo bastante superior a lo que cualquier delantero del medio hubiera imaginado en los más optimistas de sus sueños. Esa decisión ahuyentó al Vélez Sarsfield argentino, equipo campeón de esa Libertadores, que se había interesado en su ficha. En rigor,

«Candongga» se enteró tiempo después. De haberlo sabido, probablemente no hubiera pedido un millón de dólares por cuatro años de contrato.

—Si Unión pedía un millón, yo quería un millón pa' mí —se planta igualmente—, porque estábamos hablando de un goleador de Copa Libertadores. Nos habíamos encontrado con Ronaldo (*Ronaldo Nazario, delantero campeón del Mundo con Brasil en 2002, con destacados pasos por Barcelona, Real Madrid, Inter de Milán y Milán*), que era figura, y aquí en el Santa Laura fui yo la figura. Pero si me hubiesen dicho «Vélez te da 600 mil», me iba. El fútbol argentino era ideal para mí.

Sin embargo, algunos meses después fue el Pumas de México el que puso el millón que pedía sobre la mesa. En palabras de Carreño, el presidente se había vuelto loco con su juego. Tanto así, que le ofrecieron «lo que quisiera», de modo que exigió un vehículo *Trans Am* deportivo de unos 30 mil dólares aun después de haber firmado el contrato.

A sus 25 años «Candongga» sentía que podía comerse el mundo. De hecho, se comparaba con Iván Zamorano, entonces centrodelantero titular de La Roja y pichichi del Real Madrid. «No tenía nada que envidiarle futbolísticamente en ese minuto. Más fuerza, tan goleador como él, más guapo. Y aguantaba mejor. Pero no llegué donde él llegó», concede. «En ese minuto, debí haber partido pa' Vélez». Porque claro, lo que sucedió después no fue como esperaba.

Carreño llegó a México lesionado: sentía un pinchazo en la parte posterior del muslo derecho y, al poco andar, terminó por desgarrarse sin siquiera haber debutado. En su registro, que puede no ser el más exacto, estuvo prácticamente cuatro meses sin poder jugar. A ese contratiempo se sumó que Pumas, en su posición, disponía del brasileño José Damasceno, más conocido como «Tiba», de los más queridos por los hinchas. «Un pedazo de jugador, extraordinario», como lo describe «Candongga». Las cosas se estaban poniendo feas.

Tiempo después, cuando por fin recuperó la confianza y el nivel que le permitieron llegar a tierras aztecas, el técnico decidió probar a Carreño entre los titulares durante un entrenamiento. Antes, eso sí, hay que saber una cosa: lo ubicó en lugar de «Tiba» y el brasileño no se lo tomó bien. «El hueón queda con la media vena y me empieza a huevear en el entrenamiento», explica el delantero.

«*Huevear en el entrenamiento*», según los códigos que maneja Carreño, se traduce en que el brasileño lo eludió haciéndole un túnel, o como se dice en buen chileno, «un hoyito». Y luego, por si fuera poco, se burló, sacando pecho por su truco.

—Me *tirái* un túnel más, negro, y te voy a pegar un combo que te *vai* a acordar el resto de tu vida —le advirtió el delantero nacional.

Pero, de acuerdo a su relato, sus palabras no surtieron efecto. En la siguiente jugada se repitió la escena. El brasileño lo buscó y volvió a pasar el balón por entremedio de sus piernas.

—Para tu hueveo, te voy a frenar —insistió «Candongga», a esas alturas fuera de sí, delante del técnico y sus compañeros, que preferían observar como si nada.

«Tiba» por fin contestó:

—*Filho da puta*.

Carreño se tomó un par de segundos, buscó con la mirada al entrenador, le preguntó si había escuchado el insulto, pero notó que se estaba haciendo el desentendido. *Perfecto*, pensó. Y unos instantes más tarde, cuando «Tiba» recibió la pelota, cumplió con su promesa:

—Pasa por al lado y fui a puro pegarle —admite tras unos segundos, con cierto goce contenido—: lo aturdí al tiro. Y después le digo: «Párate, negro cagón, ¿no erís tan guapo? ¡Párate, párate!».

El entrenador de Pumas trató de intervenir, pero «Candongga» ya estaba decidido.

—Viene y me empieza a insultar. Y le digo: «si no *parái* tu hueveo, te voy a fletar a vos también, acá tenís a un chileno con pelotas».

Algunos jugadores mexicanos se acercaron para insultar a Carreño por lo que había ocurrido. Él quiso arreglarlo a su manera. Se quitó la camiseta de entrenamiento y los invitó a pelear. Como nadie accedió, los trató de «cagones», se largó con dirección a las duchas y, todavía en caliente, tomó la decisión: irse de México cuanto antes, aun cuando eso le significaba dejar escapar el contrato más abundante de su carrera.

—En el minuto sentí que todos me estaban traicionando, porque ninguno dijo que él me empezó a huevear primero —se defiende—. Los mexicanos estaban a favor de él porque llevaba más tiempo..., y además yo era el jugador más caro del equipo.

A su regreso en el país, era normal encontrarlo los domingos, después de cada partido, en algún bar del Barrio Suecia, sorbiendo un whisky. Era una de sus condiciones para jugar. En definitiva, al hacer la suma, tres o cuatro errores claves en la carrera de cualquier jugador. Para él, sin embargo, parte de sus códigos:

—Antes de firmar en un equipo, avisaba: voy a rendir, voy a entrenar como profesional, voy a cuidarme martes, miércoles, jueves, viernes y sábado antes de los partidos. Pero después de los partidos, no quiero que se metan en mi vida privada —me dice «Candongga», y encoge los hombros mientras ensaya una cara de desprecio—. Si salgo pa' algún lado, mientras no maneje borracho, no ande haciendo escándalo, si me tomo uno o dos whiskys, ¿está claro que es mi problema?

—Eso te jugó en contra —le comento.

—No llegué a un equipo grande por eso: por *carerraja* —insiste, sin acusar arrepentimiento.

Carreño también aguardaba algún contratiempo que afectara a Marcelo Salas o Iván Zamorano para sumar minutos en la selección. Era un *habitué* de las nóminas y marcó el último gol de Chile, el 3 a 0 frente a Bolivia, en las eliminatorias hacia el Mundial de Francia 1998. Disputó los amistosos previos, incluso el recordado triunfo ante Inglaterra en Wembley por 2 a 0. A sus 29 años, se convenció de que era la mejor carta en delantera detrás de la denominada dupla «Sa-Za». Jugar una Copa del Mundo era, también, un premio a su carrera. Pero unos días antes de la cita, Nelson Acosta, director técnico de La Roja, lo sacó del viaje. Las razones fueron confusas. Desde el cuerpo médico dijeron que presentó una lesión. «Candongga» culpó a Zamorano de armar el listado. De incluir a su «regalón», el joven artillero de Colo Colo Manuel Neira, en su lugar.

En su cabeza, construyó un discurso en el que lo habían traicionado: Nelson Acosta, porque se conocían desde la época de Unión Española, había sido su goleador y figura, e Iván Zamorano, porque sintió que no hubo lealtad después de un encontrón puertas adentro:

—Yo tuve una discusión con Zamorano, en el camarín. Le dije «mire, compadre, a mí no me huevee, porque conmigo se va a *cocer*» delante del grupo. Fue un tema de que llegué atrasado de un vuelo de Concepción y empezaron las tallas fuertes. «Ahí viene el rey de la Tía Olga», me dijeron — *y detiene el relato apenas unos segundos para aclararme que se trata de un burdel*—. Tuve una diferencia con él y quedó ahí. Y eso me pasó la cuenta. El Pelado (Acosta) se dejó llevar.

Ahí parece haberse gestado un proceso emocional de odio y resignación, tal vez de dolor.

Mientras fue futbolista activo, Carreño nunca pudo cerrar esa herida.

—Yo tendría que haber agarrado a un psicólogo y haberme tratado —me dice mientras sopla incómodo un cigarro, 20 años después del incidente que cambió su historia.

\*

Cuando Juan Carreño llegó al círculo central y tuvo a su alcance a Caputto, las cámaras captaron un breve intercambio de palabras. No es muy difícil sospechar que se insultaban. Pero años más tarde, el propio delantero lo reveló por si quedaba alguna duda. *Con razón te dejaron fuera del Mundial, tal por cual*, dice que le dijo el arquero en una jugada anterior. La rabia acumulada estaba a punto de explotar.

El derechazo impactó de lleno el pómulo izquierdo de Caputto, y lo dejó sin apenas reacción. Antes de que cayera, lo remató con el puño cerrado de su inmensa mano izquierda. Hizo diana entre la nariz y el mentón. El arquero se desplomó vencido sobre su costado derecho. El silencio. Y después, la batalla campal: los integrantes del plantel de Osorno se le abalanzaron, y Carreño respondió. Derribó a un ayudante técnico con otro derechazo y alcanzó a repartir un par de golpes más, antes de que sus compañeros lo sacaran de la improbable contienda.

«Los hueones no me venían a abrazar, no era año nuevo la hueá», se defendió en una de las pocas entrevistas que concedió, años después.

Ese domingo, «Candongga» comenzó a retirarse oficialmente del fútbol. Debió salir escoltado por un puñado de carabineros y lo suspendieron por seis meses. Pero cuando es consultado por el escándalo, él, un miércoles a la tarde, sentado detrás de una cajetilla de cigarros en su parcela, no habla sobre la pelea, los golpes o Caputto. Sino que vuelve atrás:

—No haber ido a Francia, psicológicamente me pegó muy fuerte. Nunca más sentí los entrenamientos igual, ni el fútbol igual. Y después de eso, abro un local nocturno en Concepción y ahí dije: «No quiero más». Pero seguí jugando. Tenía una escuela de fútbol en Huachipato como con 100 niños, un contrato por cuatro años, jugador más caro del equipo, ídolo, seleccionado chileno. Y

se me fue todo a la mierda. Todo Concepción fue a verme con Bolivia en el '97, como 50 buses desde el sur. Era el referente del sur. Entonces sentí que había defraudado a toda esa gente.

—Y después vino la pelea —le recordé.

—Fue la guinda de la torta pa' irme a la chucha. ¿Qué podía hacer? — responde, resignado.

Las imágenes del «Candongazo», como bautizaron la batalla de Osorno donde Carreño soltó toda su frustración, se repitieron hasta el hartazgo en todo el mundo. En el programa de «Videos Asombrosos» del canal *People+Arts*, por ejemplo, o en formato crónica en el libro *22 locos* del argentino Pablo Cheb.

En algún momento de 1999 el delantero retomó su carrera, aunque nunca siquiera rozó el nivel de antaño. Resultaba lógico: esperar otra cosa, después de todo lo que había sucedido, aquí era optimismo. Carreño, lo que quería era cerrar el ciclo: volver a reencantarse con la actividad. Lo intentó marcando algunos goles en Deportes Iquique y luego en Viña del Mar, vistiendo la camiseta de Everton. Pero lo que suponía un nuevo comienzo acabó de golpe: un doping positivo por consumo de cocaína truncó todo.

—Cuando sé que sale doping positivo... —Carreño se toma un momento antes de continuar—, yo sé que no había ocupado drogas para jugar, pero sí en un carrete. Había consumido cocaína un lunes, en Santiago, y me salió el sábado. Pedí una conferencia de prensa al otro día, estaba lleno de periodistas. Les dije que no quería contramuestras, porque era cierto que había consumido cocaína, pero en un carrete. Sé que cometí un error. El que me quiere crucificar, aquí estoy.

Ese fue el adiós. «Candongazo» dejó Everton tras la suspensión y firmó en Santiago Morning, pero colgó los botines. El 2003, tres años después de su retiro, lo seguían llamando clubes de primera. En uno de ellos, Deportes Concepción, amagó con regresar. Pero, como explica el propio delantero, quiso dejar el fútbol antes de que el fútbol lo dejara a él.

Hace años pasa los días, con su esposa y su hijo, trabajando en su campo de duraznos cerca de su San Fernando natal y alejado de la actividad. Cada septiembre, sabe, lo intentarán ubicar para hablar de su puñetazo a Hernán Caputto en Osorno. Habitualmente responde que no, que no volverá a referirse al tema, porque es lo único que le interesa a la prensa. Que se olvidaron de sus goles y abreviaron su carrera a ese incidente. Por eso, también le cerró las puertas definitivamente al fútbol y abandonó el curso de entrenador tras apenas haber estudiado un año en el INAF.

—Yo sí le podría decir a un jugador: hijo, no te metas en la droga, yo estuve metido. No te pongas a pelear en la cancha, porque yo dejé la media cagadita. Te va a pasar esto jugando con presión, porque la tuve. Era el indicado para pararme frente a veintidós hueones y decirles lo que tienen que hacer.

—¿Por qué no quisiste? —le pregunto.

Entonces Juan Carreño, el mismo que se jactó de ir siempre para adelante, tanto dentro de la cancha como fuera de ella; que se jactó de ser «un chileno con pelotas», se plantó a una quincena de mexicanos porque se sintió traicionado y en el acto abandonó un contrato de un millón de dólares al que por entonces apenas unos pocos podían acceder; que se jactó de ser *carerraja*, y que aclaró un sinfín de veces a lo largo de su carrera que las críticas no le importaban, por primera vez retrocederá:

—Porque moralmente, el resto me iba a apuntar. El camino iba a ser muy difícil..., ya fue difícil como jugador.

# RODRIGO GOLDBERG

## FICHA:

Rodrigo Alejandro Goldberg Mierzejewski

Nacimiento: 9 de agosto de 1971 (51 años), Santiago, Chile.

## Carrera deportiva:

- Universidad de Chile (1989-1991)
- Santiago Wanderers (1992-1993)
- Universidad de Chile (1994-1997)
- Maccabi Tel Aviv (1997-1998)
- Universidad Católica (1998)
- Maccabi Tel Aviv (1999-2004)
- Santiago Morning (2005-2006)

## Palmarés:

- Segunda División (1989, Universidad de Chile)
- Primera División (1994 y 1995, Universidad de Chile)
- Copa de Israel (2000-01 y 2001-02, Maccabi Tel Aviv)
- Ligat ha'Al (2002-03, Maccabi Tel Aviv)

## Selección chilena:

- Disputó 12 partidos entre 1995 y 1997. Tres goles: México (07/02/1996) y los restantes a Perú (14/02/1996).

## LOS GOLES EN SOLEDAD DEL POLACO

Una tarde de verano algo extraño sobrevino en Televisión Nacional de Chile. Fue en pleno enero de 2018, y todos los que entonces ocupaban el set de grabación se voltearon para tratar de entender lo que sucedía: Rodrigo Goldberg, 46 años, exfutbolista, ingeniero civil industrial, devenido comentarista deportivo, estaba allí llorando abatido.

El futbolista suele esconder sus miedos y frustraciones. Es capaz de asimilar que el fútbol, su actividad, es sobre todo cruel. Y que los dolores, angustias y decepciones prevalecerán por sobre las alegrías o los títulos. Entiende, también, que la carrera es corta, y que de poco importa haberse preparado desde los ocho o diez años: una lesión, un par de malas decisiones, alguna inseguridad, pueden acabar con ella a los 23, a los 25 o a los 30, sin previo aviso.

Pero acaso como un código no escrito, el futbolista se inclina por parapetar estas emociones, de modo que esa tarde de enero nadie, ni siquiera él, Rodrigo Goldberg, sospechaba el resultado de haberle enseñado unos fragmentos de la Copa Libertadores de 1996.

No importa que hubieran pasado casi 22 años: la memoria le acercó un relato pormenorizado de su mayor desilusión como futbolista. Se amontonaron en su cabeza los recuerdos del agónico gol que gritó contra Corinthians, la interminable definición a penales en Uruguay, el esguince cervical y la fractura en una de sus manos que lo sacaron del resto del certamen, el alevoso golpe de Germán Burgos a Esteban Valencia en Buenos Aires. Las lágrimas de los más grandes. De *Leo Rodríguez* y *Superman Vargas*, los que no lloraban. La tristeza de los hinchas y la suya. La angustia de advertir que otra oportunidad como esa no se le presentaría. El improbable comienzo de su final.

Fox Sports Chile, entonces con sede en la estación pública, planeaba grabar un *spot* para celebrar el regreso de Universidad de Chile y Colo Colo a la fase

de grupos de la competición, y Goldberg fue seleccionado para protagonizarlo en el caso de los azules. En unas pantallas le tenían preparados los *highlights* de esa «U», cuando él formaba una delantera de temer con Marcelo Salas y llegaron a semifinales de América. Para hacerlo, sin embargo, el exfutbolista antes debió pedirle unos minutos a la producción para calmarse. Luego, tragar una bocanada de aire y comprender lo que pasaba, secarse las lágrimas, construir un porqué.

En concreto, durante esa grabación, Rodrigo Goldberg dejó a la vista parte de la frustración que llevaba guardada.

El resto lo hará cinco años más tarde, un viernes por la mañana, sentado frente a un café cortado y unas hojas desparramadas, en una cafetería ubicada casi al final de la avenida Pedro Fontova, comuna de Huechuraba:

—Me largué a llorar porque para mí ese trauma de la Libertadores, hasta el día de hoy, es una hueá muy fuerte, ¿cachái? Cuando llego y veo las imágenes, fue como... conchetumadre, no pude.

La Copa Libertadores es el anhelo que tiene todo hincha de la Universidad de Chile, pasión que Rodrigo heredó de pequeño gracias al fanatismo que le inculcó Erwin, su hermano mayor y figura a seguir. En contexto, verse con 25 años como delantero titular de su equipo, bicampeón en el Torneo Nacional y ubicado entre los cuatro mejores del continente, era cumplir el sueño suyo y de toda su familia. Pero, por encima de eso, una especie de revancha personal, un premio, una pequeña compensación al sufrimiento que almacenó por cerca de quince años.

Rodrigo tenía 10 cuando Hernán Carrasco y Roberto Hodge lo vieron jugar por su colegio, el Alonso de Ercilla, y lo invitaron a probarse en la «U». Probarse, en este caso funciona como un eufemismo: ambos encargados de las inferiores, a esas alturas, estaban convencidos de firmarlo, y a la semana siguiente decidieron su debut en el partido que los coronó campeones de su categoría ante Unión Española.

El problema es que toda esa alegría y entusiasmo inicial fueron el único motivo de celebración. A partir de ese momento, comenzó la caída libre.

—Mis compañeros en general eran de estrato socioeconómico muy bajo, ni siquiera bajo: muy bajo. Y muy resentidos también. A mí me decían *pituco*... y yo era de Maipú, po. ¡De Maipú! ¿Por qué? Porque iba en colegio privado.

En cuestión de días, Rodrigo Goldberg pasó a convertirse en el material de *bullying* de sus compañeros, mucho antes de que el *bullying* existiera como concepto y se condenara en este lado del mundo. Eran otros tiempos, y esa clase de bromas estaban permitidas: cuando llegaba a sentarse, el resto se paraba y lo dejaba solo; en pleno invierno le escondían los chalecos o le arrojaban las toallas al agua fría. Varias veces le robaron los zapatos. Los goles los celebraba en soledad porque nadie se acercaba a felicitarlo. Por pánico a algo peor, disimuló durante años frente a sus padres. Descubrió que el fútbol era cruel, al tiempo que una voz comenzó a susurrarle al oído la idea de dejarlo. A fin de cuentas, su equipo no lo consideraba. No lo reconocían como un integrante más.

—En el fondo era, *ya, dale, me dedico, ¿pero quiero esta hueá pa' mi vida?*

A fuerza de intentos pudo dejar de escuchar esa voz.

Por un tiempo.

Humberto Lira, dirigente de la Universidad de Chile y padre de dos de los compañeros de Goldberg, invitó a todos los jugadores de la categoría a pasar un par de días en un campo que tenía en San Francisco de Mostazal. Una actividad de camaradería en la que, debemos imaginar, Rodrigo fue víctima de alguna broma o destrato, como era costumbre. Pero él prefiere pasar de largo el relato hasta la noche. Que fue cuando lo golpeó el fantasma de la realidad:

—Era con quedada, *¿cachái?* Entonces dormimos todos juntos en una pieza. Y uno de los hueones dice que en la noche me había *timbrado* a mí. De ahí empezaron a correr el rumor de que yo era maricón... que era homosexual.

El rumor se propagó con fuerza de verdad entre sus compañeros, quienes le hicieron la vida imposible los siguientes días. Goldberg buscó solucionar el problema a las manos, en medio de un entrenamiento, cuando respondió a una patada del mismo chico que se ufana de la mentira. «Rómpele el hocico», le había dado precisas instrucciones su padre apenas se enteró, «y que vengan a hablar conmigo si te dicen algo». Pero un entrenador intervino en el momento justo para evitar la pelea. La respuesta de Rodrigo era imaginable: dejar el fútbol. Hacía tiempo, por razones lógicas, su ansiedad iba en aumento y lo mismo su desánimo. Ir a entrenar representaba una pelea titánica que a diario ponía a prueba los límites de su sufrimiento, de modo que fue una decisión tomada a conciencia, respaldada por sus padres y los profesores de su colegio, que cada tanto le amenazaban con que la carrera del futbolista no era viable.

Goldberg estima que abandonó cerca de dos meses los entrenamientos, y ese período, según su relato, seguramente se hubiera extendido por un plazo mayor; tal vez ni siquiera hablaríamos de él como futbolista, de no ser por una llamada clave. Manuel Rodríguez, vieja gloria del «Ballet Azul», plantel histórico de la Universidad de Chile de los sesentas, lo contactó personalmente para preguntarle por qué llevaba tiempo sin presentarse. Y antes de escuchar cualquier excusa, pronunció las palabras mágicas: «El 'Cabezón' Gálvez se fue a vivir a Noruega».

El «Cabezón» Gálvez era un centrodelantero flaco, alto, mañoso, deslenguado, difícil de llevar. Para Goldberg, su enemigo número uno: él fue quien inventó los rumores de su homosexualidad y el responsable de liderar gran parte de las burlas en su contra.

Bajo esas condiciones, la insistencia de Rodríguez pero sobre todo la partida de su *bully*, el maipucino se convenció de volver a intentarlo. Y en efecto, a su regreso las cosas fueron diferentes. Al punto de que algunos compañeros, como Gabriel Galindo, se le acercaron para pedirle disculpas por el daño que

habían causado. Quizás por primera vez Rodrigo dejó de sentir esa sensación de vacío dentro de un vestuario. Ahora tocaba el despegue.

\*

Entre 1990 y 1992, Rodrigo Goldberg tuvo que tomar una decisión. Aunque en los últimos años de su etapa formativa en sus propias palabras pasó de ser *el patito feo* a ser *el cisne de la hueá*, apenas era considerado en el primer equipo de la Universidad de Chile: en sus primeras dos temporadas jugó 198 minutos repartidos en cinco partidos, sin goles ni asistencias. La llegada de Arturo Salah como director técnico no cambió nada; rápidamente notó que no entraría en sus planes.

Al mismo tiempo, sin que muchos lo supieran, Goldberg estudiaba una carrera en la universidad. A modo de precaución, había tomado el consejo de sus padres y se preparó para rendir la Prueba de Aptitud Académica, obteniendo un puntaje que le permitió matricularse en Construcción Civil de la Católica.

En ese estado de cosas, sin jugar en la «U» y en vías de avanzar a su sexto semestre como estudiante, fueron varias las veces que se le pasó por la cabeza abandonar el fútbol. Pero una reunión con Juan Numi, dirigente de Santiago Wanderers, salvó una vez más su carrera. El siguiente año y medio, a préstamo en Valparaíso, Goldberg sumó los minutos que deseaba y amasó una pequeña reputación que eventualmente allanó su regreso a los azules.

En 1996, la historia ya era otra. Rodrigo Goldberg ahora era conocido como el «Polaco» Goldberg, apodo que tomó prestado de su abuelo por el apellido Mierzejewski, y percibido por el ambiente como un veloz delantero, capaz de poner nervioso a todo un equipo rival. Había formado parte del plantel de la «U» que salió campeón después de 25 años, y con la llegada del argentino Miguel Ángel Russo se asentó en el once titular. En Copa Libertadores sumó un par de actuaciones consagratorias. Fue figura en clásicos sucesivos contra

Colo Colo. E inclusive, por entonces anotó sus primeros goles en la selección chilena. San Lorenzo de Almagro, un club grande de Argentina, preguntó dos veces su precio para llevárselo. Después hubo algún coqueteo con Boca Juniors, del mismo país.

—Fue una época maravillosa. Pero probablemente la gente no entiende lo que tuve que pasar para llegar a eso.

La eliminación de la Copa Libertadores fue un golpe duro para el «Polaco». Y para el equipo: Universidad de Chile remató en el quinto lugar del torneo local, a 16 puntos del campeón Colo Colo, y se quedó en semifinales de Copa Chile tras caer ante el mismo rival. De todos modos, Goldberg sabía que estaba en el *peak* de su carrera, vio cómo su compañero en el ataque, Marcelo Salas, se fue por una millonada a River Plate de Argentina, y creía que más pronto que tarde llegara su turno.

No fue así.

Hubo dos situaciones puntuales que derribaron todo lo construido. La primera, una herida que le duele hasta hoy: en agosto de 1996, su hermano mayor Erwin Goldberg, que había viajado desde Temuco a Santiago para verlo en un Superclásico, fue aplastado por un camión de regreso al sur. Murió en el acto. Con el tiempo, Rodrigo se enteró que el responsable iba con trago en el cuerpo y que era la segunda vez que provocaba un accidente fatal. En una entrevista que dio un año más tarde para la *Revista Don Balón*, admitió: «Cuando murió mi hermano, lo único que quería era buscar al causante del accidente para matarlo».

—Yo creo que te afecta en todo, pero probablemente mi actitud arrogante y de creer que yo me las podía con todo, me hizo peor —reconoce, sin entrar en muchos detalles—. En vez de vivir el duelo, en vez de hacer lo que tenía que hacer, yo me las di de *Aquí te las traigo Peter*, y terminé colapsando.

Queda a la vista que a Goldberg todavía le cuesta hablarlo.

—Perder a un ser querido y perder a tu ídolo de infancia, la persona con la que compartí pieza 26 años de mi vida... Es terrible.

Luego vino el golpe de gracia. En seis meses el «Polaco» iba a quedar libre, y aunque en el último año no había tenido mayores contactos con la dirigencia, supuso que era cuestión de tiempo para arreglar un nuevo contrato. Claro, venía de ser titular toda la temporada, de hacer goles importantes, y por si fuera poco, era patrimonio del club: un jugador por el que habían existido acercamientos desde el extranjero y que probablemente se podía negociar en un futuro. Pero cuando finalmente le acercaron una cifra, entendió que sus días en la «U» estaban por acabarse.

—¿Sabís cuánto ganaba? Un millón 200 mil pesos. Unos dos millones de ahora, ponle. Y puta, yo había sido bicampeón, semifinalista de Libertadores...

La dirigencia azul encabezada por el doctor René Orozco le ofreció poco más de la mitad de ese dinero. Es decir: para renovar, Goldberg debía descontarse de su propio sueldo. Y como en los camarines se sabe todo, el delantero se enteró de la suma por la que acordaron otros compañeros. La señal era clara, y se la hizo saber un dirigente que prefirió no mencionar: «Bueno, es lo que hay. Si te gusta, bien, y si no, bien también».

En 1997 el «Polaco» se despidió de la «U» en el Torneo de Apertura con un gol, y luego aceptó la primera oferta concreta que se presentó, a pesar del exótico destino: el Maccabi Tel Aviv de Israel. En retrospectiva, fue una decisión precipitada, un error clave para lo que aún podía suponer su carrera. Con 27 años, a una edad en la que muchos recién atraviesan su plenitud futbolística, él se borró del mapa. Es más, desapareció de las nóminas de la selección cuando quedaba menos de un año para la Copa del Mundo.

Al caer en cuenta que el fútbol de Israel era todavía semiprofesional, que la formación y hasta los entrenamientos eran *al lote*, Goldberg intentó corregir sobre la marcha. A unos meses del certamen en Francia, buscó recuperar su nivel en el fútbol chileno. Consiguió que el Maccabi lo cediera a préstamo y se

contactó con la «U», aunque nada había cambiado y le cerraron las puertas. Sólo hubo dos interesados: Santiago Wanderers, que estaba en la Primera B, y la Universidad Católica, archirrival de su equipo. Harold Mayne-Nicholls, dirigente de los cruzados, le hizo saber personalmente las ganas que tenían de contar con él.

Cuando se sufre el destrato y negligencias de una dirigencia, como sucedió en este caso, esa clase de invitaciones son difíciles de rechazar.

Y aunque algunos hinchas de Universidad de Chile no se lo perdonaron jamás, al «Polaco» eso lo tenía sin cuidado. En su discurso era, también, la última oportunidad que tenía de ir al Mundial de Francia, otro de sus sueños. Como prueba, algunos de sus compañeros en la UC, Nelson Tapia, Javier Margas, Miguel Ramírez y Nelson Parraguez, de seguro formarían parte de la nómina decisiva.

Goldberg no tardó en demostrar su vigencia, y en su estreno, ante Colo Colo en el Estadio Monumental, noche de Copa Libertadores, entró en el segundo tiempo y anotó el empate transitorio en una de sus primeras intervenciones. Pero, como le pasó en otros momentos, lo cazó la mala fortuna: en un partido de Católica contra Deportes Iquique por el torneo local, luego de convertir dos goles, ensayó un enganche hacia su izquierda en el área rival y, en el movimiento para acompañar la dirección de la pelota, su pie derecho se quedó trabado en el pasto de San Carlos de Apoquindo. Se rompió el ligamento cruzado anterior de la pierna derecha, los meniscos y tuvo un desgarro parcial del medial. Una lesión que si bien hoy sigue siendo una de las más graves y temidas, en esos tiempos fácilmente podía precipitar el retiro del fútbol.

—Ahí cagué, po... —se resigna el «Polaco», y traga un poco de café.

—...Hasta el día de hoy.

La aclaración del cierre no fue escogida al azar. Al margen que no pudo volver a jugar hasta el año 2000, un controvertido fallo de la FIFA dictaminó que él mismo debía costear los gastos de la operación; Universidad Católica le

canceló un 10% de lo que esperaba y rompió toda relación con Mayne-Nicholls. Además, debió retornar a Israel. De Chile surgió algún interés, que se quedó nada más que en eso, porque los dirigentes especulaban con su recuperación. Desencantado, quiso colgar los botines. Había sido padre en abril, y estaba en Tel Aviv solo, encerrado en un hotel, comiendo comida de hotel, peleado con el entrenador del primer equipo. ¿Valía la pena el mal rato?

Sin muchas opciones, Goldberg se decantó por empezar de nuevo y cumplir el contrato. Se ganó la confianza de los juveniles y después del resto de la plantilla, que lo veían entrenarse con todo pese a no estar considerado. En los partidos de práctica era el que más destacaba. Y ante la presión, llegó un momento en que el técnico, Nir Levine, no tuvo de otra que incluirlo. En breve el «Polaco» mostró de lo que estaba hecho y, a punta de goles, le renovaron el contrato. Se llevó a su familia a Israel, ganó dos copas y una liga en tres años, jugó Copa UEFA y fue elegido mejor jugador extranjero. Por desgracia, nada de eso se sabía en Chile.

En 2004, Rodrigo Goldberg decidió volver. Quería retirarse en la «U», pero el doctor René Orozco le cerró las puertas por última vez: dijo que no querían jubilados. Ese año no encontró equipo. Tuvo que esperar al 2005 para sumarse a Santiago Morning, con el que subió a Primera División. Aunque apartados de las luces, cuenta, fueron dos años lindos. Formó dupla con Esteban Paredes, primero, y Pedro «Heidi» González después. Jugaban también otros ilustres, como Moisés Ávila, Fernando Manríquez o el ahora árbitro Felipe González. Su último partido fue el domingo 4 de junio de 2006, en el Estadio de la Usach, contra O'Higgins. No le avisó a nadie. Lo resolvió solo, en el camarín, y lo comunicó más tarde, ese mismo día.

—Estaba decepcionado de mí mismo, de no hacer con mi carrera lo que debió haber sido. De todas las malas decisiones que había tomado. Fue decir, *¿sabís qué? Chao, terminemos la agonía, ya lo pasé bien.*

Entre esas malas decisiones, si bien lejos de la cancha, estuvo el haber creído en su suegro cuando le acercó un negocio. Una fábrica de cartón que quebró,

y que lo llevó a la quiebra personal también. Goldberg perdió todo su patrimonio, estimado en unos 130 millones de pesos.

En una ráfaga, se vio embargado, en juicio, se separó de su esposa y dejó el fútbol.

—Hubo un tiempo en que no me quería ni levantar... Pero lo que más me afectó fue el retiro. Fue duro, una de las cosas que más me pegó en la vida.

**—¿Te arrepentiste?**

—Todos se arrepienten. Hasta el día de hoy, de repente sueño que estoy jugando. Sueño que estoy dentro de una cancha, corriendo. Y cuando te *despertái*, es una pena espantosa... Te quedan huellas muy fuertes.

**—Pero tú las pudiste trabajar...**

—Las sigo trabajando.

Rodrigo Goldberg nunca se ha apartado del todo de la profesión. En 2006 se inició como comentarista en el *Canal del Fútbol* y luego se desarrolló como columnista en diferentes diarios de publicación nacional. Entre 2019 y 2021 fue director deportivo de su querida Universidad de Chile, pero otra vez se fue decepcionado. Volvió a trabajar en la televisión y radio. Desde esa vereda, busca traspasar sus experiencias.

No quiere que haya otros como él, con las condiciones para triunfar, que dejen escapar sus mejores años como futbolistas.

No quiere que se pierdan entre el olvido y el abandono.

# NICOLÁS LARRONDO

## FICHA:

Nicolás Francisco Larrondo Ossandón

Nacimiento: 4 de octubre de 1987 (35 años), Santiago, Chile.

## Carrera deportiva:

- Universidad de Chile (2005-2009)
- Huachipato (2010-2011)
- O'Higgins (2011)
- Rangers de Talca (2012)
- Athlétic Club Arles-Avignon (2012)
- Coquimbo Unido (2013)
- Deportes La Serena (2014-2015)

## Palmarés:

- Primera División (2009-Apertura, Universidad de Chile)

## Selección chilena:

- Fue parte del Sudamericano de Paraguay y Mundial de Canadá categoría sub 20.

## EL HÉROE DE CANADÁ QUE AÚN SUEÑA CON REGRESAR

El debut profesional de Nicolás Larrondo, su primer partido en el primer equipo de Universidad de Chile, aquel sueño que fue construyendo desde pequeño y que apenas una minoría de privilegiados puede cumplir, por el que había entregado poco menos de una década de su vida y había apartado otras opciones tal vez más convenientes, en realidad no tuvo nada que ver con lo que alguna vez fantaseó. A decir verdad, fue por descarte o si quisiéramos ser un poco menos duros, casi por accidente.

Los últimos veinte años los destinos de la Universidad de Chile han pasado por varias manos. Desde el nefrólogo René Orozco, la Corfuch y luego un síndico de quiebra, a la actual sociedad anónima Azul Azul. En 2005, la empresa Mercom —representante en Chile del *holding* mexicano Pegaso— era el principal socio del club, y como parte de un extraño acuerdo que se propuso para financiar el primer regreso de Marcelo Salas, aunque recién iniciado el Torneo de Clausura, los titulares debieron desplazarse a Norteamérica para jugar dos amistosos con el Dorados mexicano. En San Diego, Estados Unidos, perdieron 2 a 0, y en Culiacán, México, 4 a 1.

Mientras tanto, de golpe Nicolás Larrondo, con 17 años y nueve meses, se vio persiguiendo a Francis Ferrero, Francisco Huaquipán, Luis Patricio Núñez y Mauricio Cataldo. Una planilla llena de *viejos cracks* entrenada por otro *viejo crack*, el «Clavito» Hernán Godoy. En cada córner a favor, su marcador, otro clásico de nuestros pastos como Ricardo «Manteca» González, se debatía entre amenazarlo o insultarlo. *Te voy a matar, conchetumadre*, le susurraba cuando el juvenil Larrondo se acomodaba a su lado. *De qué te reís, pendejo culiao*, añadía sin piedad, si el protagonista de este perfil, ya acostumbrado a la secuencia, intentaba tomárselo con humor.

—Nos dieron un baile —resume con la sonrisa pintada en el rostro Larrondo, casi dieciocho años después. Debe haber allí también algo de resignación, pero ahora, sentado en una cafetería de La Dehesa mientras vigila con la mirada lo que hace su hijo Mateo con el celular, prefiere recordarlo de ese modo: con pocas palabras y una sonrisa.

En efecto, un domingo de julio de 2005, segunda fecha, Estadio Municipal de San Felipe, sobre una cancha en pésimo estado, propicia para las lesiones y donde sólo un milagro permitía que la pelota permaneciera al ras de la superficie, el local Unión San Felipe le ganó 4 a 1 a la «U». Claro que no fue el partido que Nicolás imaginó cada noche desde que tenía 13 años, cuando se probó en los azules y al término de la jornada, un tipo con pantalón de gimnasia y jockey se acercó para notificarle que volviera al día siguiente porque lo iban a fichar. Pero con debutar estaba bien; estos imprevistos en el fútbol son comunes. Ya se le presentarían otras oportunidades.

Siempre tuvo confianza en el futuro.

\*\*\*

El objetivo trazado para Nicolás, desde pequeño, era el deporte profesional. María Angélica, su madre, fue una destacada voleibolista, y Jorge, su padre, un entusiasta del fútbol que de no haber sufrido problemas a la vista y verse obligado a ocupar lentes «poto de botella», habría seguido una carrera. Su tío Juan Carlos llegó a disputar unos cuantos partidos en la segunda división con Magallanes, pero se retiró a los 20 años. Desde entonces se dedicó a la tarea de entrenar jóvenes talentos, una de las cuales, de entre una veintena de primos, fue el Nico.

Con siete años, Nicolás Larrondo se estrenó en las canchas de fútbol del Colegio Médico. Todos los sábados, su tío, entrenador del recinto, que no siempre conseguía convencer a los hijos de los doctores, lo pasaba a buscar

para completar las nóminas. Como casi todo niño de su edad, a él le ilusionaba la idea de ayudar al equipo con goles, de destacarse arriba, en la delantera, donde suelen jugar los mejores. Pero con el paso del tiempo, a medida que ganaba porte y fuerza, su tío le recomendó retrasar su lugar en la cancha. Primero al medio, después a la defensa. De seguro no le causó mucha gracia y trató de protestar, pero ahí es donde verdaderamente hacía la diferencia.

Lo que no se sabe demasiado es que, al mismo tiempo, su temprano desarrollo le permitía practicar vóley con relativo éxito en su colegio, el Saint Gaspar. Es más, cuando cumplió 13 años, tuvo que tomar quizás la primera gran decisión de su vida: era preseleccionado nacional de vóley, pero su padre le ofreció ir a probarse a la Universidad de Chile. Entonces, lo que inclinó la balanza fue que, a esas alturas, Larrondo tenía decidido dedicarse al deporte, y en su cabeza, el fútbol era el único que le permitiría vivir de ello.

Lo otro, acaso menos importante en este balotaje íntimo, es que era fanático de la «U» y que a los cinco años ya se había presentado a una prueba del club en los terrenos de El Sauzal, aunque sin suerte.

Pese a todo, Nicolás Larrondo hizo lo correcto. Esa tarde, el profesor Alejandro De La Fuente, tras husmear una carpeta que llevaba bajo el brazo, cantó su apellido y con un ágil movimiento de su mano derecha, una especie de invitación, lo apartó del resto de chicos para, algunos minutos después, comunicarle que había sido seleccionado. Más adelante, quedó al cuidado de Mariano Puyol y Luis Rodríguez, dos viejas reliquias de la institución. Ellos, al igual que su tío unos años antes, pronto le hicieron saber que lo requerían en la última línea del equipo. Que su puesto natural era ese: el de defensa central.

Los defensas centrales, habitualmente dos, a veces tres según decida el entrenador, son los que se pelean con los delanteros rivales. Tienen como misión concreta raspar al nueve de área, molestarlo. En lo posible, evitar que entre en contacto con la pelota. De ahí que sea un puesto donde se eligen jugadores con experiencia.

No fue lo que Larrondo buscaba de entrada, pero claro, a la larga el resto tuvo razón. Su personalidad y físico hacían de él la persona ideal para efectuar la ingrata tarea de mitigar las opciones de gol. Como muestreo, al poco de su llegada devino en capitán de prácticamente todas las categorías formativas de la «U» y, con ello, se le abrieron las puertas a la selección chilena.

\*\*\*

—¡Yo no tengo futbolistas... yo lo que tengo es una manga de delincuentes!

José Sulantay está furioso. Con Nicolás Larrondo, por cierto, pero también con Arturo Vidal, Alexis Sánchez, Gary Medel, Mauricio Isla y los otros 16 jugadores que componen la plantilla. Camina por la sala del hotel y vuelve sobre sus pasos con las manos detrás de la cintura. Les habla con tono firme, como cuando un padre severo regaña a su hijo por su mala conducta, pero a veces le es imposible no perder la compostura y llevar la reprimenda a otra escala. Cuando eso sucede, se frena unos segundos, traga saliva y retoma. Para él, viejo entrenador del fútbol nacional, lo que acaban de hacer sus muchachos es tentar a la suerte.

José Manuel Sulantay Silva tuvo que esperar hasta tener 63 años para una oportunidad como esta. En abril de 2004, una vez concluido el Torneo Preolímpico Sudamericano Sub-23, le ofrecieron hacerse cargo de la categoría sub 20 de la selección chilena. Con más de dos décadas como director técnico, una carrera que desempeñó casi en plenitud en equipos de regiones, formar a los próximos talentos de La Roja era un trofeo mayor.

Con su primera camada, que contemplaba a Matías Fernández, Marcelo Díaz y Gonzalo Jara, clasificó al Mundial de Países Bajos de 2005, donde alcanzó octavos de final, instancia en la que se inclinó ante la selección anfitriona. Pero

ahora en su segundo ciclo, él advertía, Chile tenía con qué para colarse entre los mejores. De ahí la molestia del «Negro». Estas *tonteras* lo hacían reconsiderarlo, aterrizar su ambición.

—Después de haberle ganado a Portugal —el 12 de julio de 2007, octavos de final del Mundial sub 20 de Canadá, explica Nicolás Larrondo—, esa noche celebramos en el hotel y nos portamos mal: abrimos los frigobares.

Los jugadores se convencieron que dejar en el camino a una de las selecciones favoritas, que contaba con estelares como Rui Patrício (actual arquero de la Roma de Italia) y Fábio Coentrão (que cuatro años más tarde ganó todo en el Real Madrid), era motivo de celebración, y Nicolás Larrondo tenía la clave para conseguirlo:

—Yo fui uno de los que le encontró la falla al frigobar —se delata, entre risas, el defensa—: estaban con llave pero si los *levantabai*, saltaban...

Apenas tres días más tarde, en cuartos de final Chile se mediría ante Nigeria, habitual protagonista de la categoría. Pero no había nada ni nadie que los detuviera.

—...Nos comimos y nos tomamos todo lo que estaba adentro.

En el hotel de Edmonton los culparon de romper los artefactos. Y, como estaba previsto, Sulantay no se las dejó pasar:

—Nos hizo mierda —recuerda el Nico—; nos dijo que si perdíamos, nos iba a vender a la prensa.

La tensión del momento fue tal, que Arturo Vidal, desde temprana edad impulsivo, amenazó con armar su bolso y devolverse a Chile. Pero, en definitiva, no hubo de qué preocuparse: el jueves 15 de julio, con un poco más de 46 mil espectadores en las gradas, La Roja goleó a los africanos por 4 tantos a 0 —todos en el tiempo complementario— y se metió, como apostaba el «Negro» Sulantay, entre los cuatro mejores del mundo.

Del resto, no hay nada que no se haya dicho antes: en semifinales, Argentina le pasó por encima a Chile y se impuso 3 a 0. Después, la derrota que más dolió: el escándalo con la policía canadiense, que supuso por algunos minutos la detención de trece jugadores nacionales y unos cuantos lesionados. Testigos dicen que los trataron como una manga de delincuentes. Los uniformados emplearon un bastón eléctrico para reprimir al delantero Isaías Peralta, lanzaron una bomba lacrimógena al interior del bus de La Roja e inclusive golpearon al dirigente Andrés Espinoza. Por algunas horas, la disponibilidad de la selección chilena en el partido por el tercer lugar estuvo en duda.

Un minuto a minuto que publicó al día siguiente el diario *El Mercurio*, estimaba que el inverosímil enfrentamiento tuvo su inicio entre las 22.20 y las 22.28 horas. La primera causa, y principal según el informe del matutino, fue que algunos futbolistas intentaron acercarse a los hinchas que los fueron a apoyar, pero la policía tenía estrictas órdenes de evitar ese contacto.

Nicolás Larrondo se perdió la batalla campal. En ese instante se encontraba, junto a Alexis Sánchez, pasando por el doping. De vuelta, se detuvo a comer un sándwich para recuperar energías, de modo que cuando finalmente llegó al lugar y vio a algunos de sus compañeros desencajados, llorando, otros maldiciendo a los policías, no entendía bien de qué iba la cosa. Hoy, la versión que maneja es la siguiente: Bruno Centeno, tercer arquero argentino, se burló de Arturo Vidal cuando el volante nacional pasó por enfrente de su bus. Por eso se fueron a las manos. Por eso intervino la fuerza de orden canadiense.

Tres días después, tarde del 22 de julio de 2007, con gol de Hans Martínez Chile ganó 1 a 0 a Austria y se quedó con el tercer lugar del Mundial. Los futbolistas, de todos modos, casi no lo celebraron.

—Porque sabíamos que podríamos haber sido campeones —dice Larrondo, y echa la cabeza hacia atrás.

De inmediato subraya, con un dejo de frustración:

—El que ganaba la semifinal salía campeón, pero a Argentina salimos a *guapearle*... nos habían avisado antes del partido que el árbitro se jugaba algo importante con la FIFA, que tuviéramos cuidado. Y bueno, fue evidente la hueá.

Pese al mal sabor de boca, Nicolás Larrondo fue uno de los dos futbolistas chilenos que disputó todos los minutos en el Mundial de Canadá. Como pasó con Alexis y Vidal, en Europa se hablaba de él.

\*\*\*

A fines de 2005 fue la primera vez que a Nicolás se le pasó por la cabeza dedicarse a otra cosa. Aunque había debutado unos meses antes, lo habían devuelto a las inferiores y no entraba en la consideración del técnico de la «U» Héctor Pinto. Su sueldo era una «ayuda social» de 60 mil pesos mensuales. Y él, que era seguidor de la liga argentina, veía cómo allá los jugadores de su edad tenían oportunidades reales en primera división:

—Si a los 18 años no *estabai* en el primer equipo, para mí era un fracaso. Era porque no servía, nomás. No le estaba echando la culpa a nadie.

Puso en marcha su plan B: conseguir una beca en Estados Unidos. Le comunicó a Mariano Puyol que no seguía y se contactó con el Boston College. Entraría, primero, a un *junior college* para perfeccionar el idioma inglés, y luego le prometieron estudiar en una de las universidades más prestigiosas del país. Pero el 15 de enero de 2006, el nuevo técnico de Universidad de Chile, Gustavo Huerta, dijo que le veía condiciones para ser uno de sus centrales en el primer equipo. Se le abrió de nuevo el apetito.

Ese año, entre dos torneos, jugó 453 minutos distribuidos en seis partidos.

¿Había sido una buena decisión?

La respuesta tardó poco más de un año en llegar, cuando regresó del Mundial con la selección. Entonces con Arturo Salah en la banca, el segundo semestre de 2007 sumó 877 minutos en doce partidos, y ya para 2008 era titular. Al mismo tiempo, empezó a ser considerado en un grupo sub 23 dirigido por Eduardo Berizzo, ayudante de Marcelo Bielsa en la selección adulta, que unos meses después participó en una copa en Kuala Lumpur, Malasia. Con la «U» llegó a semifinales del Torneo de Apertura, y fue el séptimo que más jugó, superado sólo por jugadores como Miguel Pinto, Walter Montillo o José Rojas, referentes del club.

Su rendimiento le auguraba más minutos en cancha. En teoría.

\*\*\*

Si hubiera que delimitar un mapa con las lesiones que interfirieron la carrera deportiva de Nicolás Francisco Larrondo Ossandón, hay que consignar una fractura de la muñeca de su brazo derecho en su paso por los cadetes y otras cuantas en los dedos de ambas manos, de su tiempo en el vóleibol. Nada demasiado grave, en todo caso. No se registran esguinces, y desgarros hubo en distintos sitios, pero todos como consecuencia del mayor karma de su vida como futbolista: su rodilla derecha.

La lista de lesiones que padeció en esa articulación llega a cinco en diez temporadas como profesional. Las suficientes como para destruir los sueños de cualquiera. Pero, como puede leerse a continuación, si alguna vez el defensa se vino abajo, nadie lo vio.

La primera, bien grande, tuvo lugar el 28 de agosto de 2008 en el complejo de El Líbano, Macul. Universidad de Chile se preparaba allí, en una cancha sintética, porque el siguiente fin de semana visitaría a Provincial Osorno, cuyo estadio presentaba esa superficie artificial. Esa mañana, Larrondo intentó frenar un pase largo que buscaba a su compañero Leonardo «Pinino» Mas.

—¿Y viste que en el pasto sintético la pelota como que pica, frena y salta? — pregunta el defensa, esperando la aprobación.

Así mismo, como la pelota, ambos se frenaron en el pique para acompañar la trayectoria. Aunque le sacaba al menos trece centímetros de estatura, Larrondo sabía que de calcular erróneamente, el balón le pasaría por arriba y ya no habría manera de alcanzar a Mas, así que inclinó ligeramente su cuerpo hacia adelante para ganar algunas décimas de segundo y anticipar el vuelo. El *timing* no pudo ser mejor: para cuando el balón se despegó del pasto, el defensa ya desafiaba la ley de gravedad mientras su compañero continuaba clavado, de modo que pudo impactarlo con su frente hacia un costado y alejar cualquier peligro. Cumplida la tarea, ya pensaba en opciones para reanudar la jugada, pero de inmediato, en la caída, algo lo detuvo.

—Iba a salir a buscar la pelota, pero el zapato derecho se me quedó trabado y giré con todo el peso sobre la rodilla...

Se dejó caer y lentamente bajó las manos hacia la zona afectada, mientras el resto de los futbolistas se acercaban para comprobar su estado.

—...Sentí un dolor por un minuto insoportable, y claro, como si se me hubiera cortado un cable por dentro.

La resonancia magnética arrojó corte de ligamento cruzado en la rodilla derecha. Unos días más tarde el doctor Alejandro Orizola, uno de los tres mayores especialistas del país, lo operó, y enseguida inició la recuperación. Seis meses después, Larrondo estaba listo para volver. Y volvió. Para él, en resumidas cuentas, fue ese el proceso. No hubo tiempo para lamentos. Entendió que eran cosas del fútbol, que le tocó como le había tocado a muchos otros y que había que levantarse cuanto antes.

El 2009, con Sergio Markarián como DT, lo pasó más sentado en la banca que dentro de la cancha. 525 minutos en seis partidos. Eso sí, uno de ellos devino postal de su carrera: el domingo 10 de mayo, Universidad de Chile recibió a Universidad Católica en el tradicional Clásico Universitario. Los azules

anunciaron de antemano un equipo alternativo porque a mitad de semana se jugaban la clasificación a la siguiente ronda de Copa Libertadores, pero eso, para su hinchada, implicaba una falta de respeto. Durante la semana previa y esa jornada se manifestaron en contra. Larrondo los silenció a los 72 minutos, con un certero remate de derecha tras centro del célebre Hugo Notario. Se lo fue a gritar a Los de Abajo, tal vez la barra más brava del país. *¡¡Ahí tienen los conchetumadre!!*, repetía eufórico mientras agarraba su camiseta, según se pudo ver en la transmisión. La «U» ganó 1 a 0 con él como absoluto protagonista. Cuando se cruza con algún hincha azul, todavía suelen recordárselo.

Ese torneo la Universidad de Chile dio la vuelta olímpica. Fue el único campeonato en la carrera de Nicolás Larrondo, pero sus recuerdos no son los mejores:

—Hubo un receso por una gira de la selección chilena en Japón, y ahí a mí me empezó a molestar un tornillo de la rodilla. El doctor me lo recortó y me entró una infección, estuve hospitalizado y no pude jugar los *playoffs*. Fui parte del campeonato, pero me hubiera gustado que fuera de otra manera.

Por primera vez, el defensa comenzó a dudar de la primera operación en su rodilla. Y además, el futuro le deparaba otra encrucijada:

—Se termina mi contrato en la «U».

\*\*\*

Pelotudos.cl, wordpress que compila curiosidades e historias olvidadas del fútbol chileno, firmó el 13 de julio de 2022 el siguiente artículo:

*El mundialista chileno que llegó a River Plate y se fue criticado por el Burrito Ortega.*

Al interior, recogen declaraciones de Ariel Arnaldo Ortega, ídolo de la entidad argentina, «en una conferencia de prensa y luego en un programa radial»: «Queda un poco chocante probar jugadores. Es algo a lo que River no está acostumbrado. Eso nunca pasó acá y le hace mal al club. Hay que formar un equipo para darle alegría a la gente».

Nicolás Larrondo había quedado con el pase en su poder luego de no renovar contrato con la Universidad de Chile. Se le presentaron dos oportunidades: ir al fútbol israelí o «probarse» en River Plate. El elenco argentino, que lo tenía en su radar por su participación en el Mundial de Canadá 2007, quería verlo. Sabían de su capacidad, pero también de sus dos recientes operaciones en la rodilla derecha. Necesitaban comprobar que estaba físicamente apto. Para él, no era ninguna vergüenza: en Argentina, de quedarse, ganaría siete veces más que en la «U».

—Fui y en el primer entrenamiento la rompí —dice Larrondo—; segundo entrenamiento, hicimos fútbol contra los titulares que jugaban el fin de semana y ganamos 1 a 0. Estaba Gallardo, Ortega, Ferrari, el «Ogro» Fabbiani. El técnico era Gorosito.

Pero en el tercer entrenamiento, mientras practicaban remates, sintió el ruido a hueso roto. Fue cuando intentaba colgarla al ángulo más apartado del arquero. Al apoyarse sobre su pierna derecha, su menisco externo no aguantó. Corrió por unos minutos más, acaso tratando de convencerse que no había pasado nada. Pero el daño estaba allí.

—Y se acabó la oportunidad, nomás. Aquí en Chile decían que el «Burrito» Ortega no me quería... pero el tipo ni hablaba. Llegaba, entrenaba y se iba. El «Muñeco» Gallardo fue el primero en acercarse a mí y me ofreció lo que necesitara. No tengo nada que decir. Nadie me trató mal, pero acá en Chile están acostumbrados a resaltar las cosas malas.

Larrondo le pide su celular a su hijo Mateo, mira un mensaje por un par de segundos, y retoma:

—El chileno es así.

\*\*\*

Estaba dentro de las probabilidades, le dijeron, pero a Nicolás Larrondo no le pareció una explicación suficiente. Sospechaba que había algo más. No se permitía creer que a sus 22 años, en poco más de doce meses, fuera apenas cuestión de mala fortuna haber pasado tres veces por el quirófano para atender la misma rodilla. Resolvió investigar por su propia cuenta. Estudió sobre el tema y habló con médicos de otros clubes, buscó distintas opiniones. En definitiva llegó a esta conclusión: que la técnica que ocupó el doctor Alejandro Orizola en su primera operación, no fue la adecuada.

—Me pusieron el ligamento de un muerto —se queja ahora, convencido de que la historia pudo ser otra.

El injerto de cadáver para ligamento cruzado es un método común, que en términos médicos, consiste en «el uso de un tendón procedente de una persona fallecida que donó sus órganos para trasplante». Como principal ventaja, señalan los especialistas, supone menos dolor en el proceso de rehabilitación, puesto que se evita el daño en la zona propia del cuerpo de donde sale el tendón. Entre las desventajas, sin embargo, se contempla que el tendón del donante suele ser más frágil que el propio, y hay, además, una posibilidad menor de transmisión de enfermedades infecciosas.

Larrondo sufrió ambas en primera persona. De hecho, en 2010, cuando Arturo Salah lo llamó para ofrecerle un nuevo punto de partida en Huachipato, sus sospechas cobraron sentido. Se rompió el menisco interno de la rodilla derecha en una práctica, y ni bien se recuperó, en un partido contra Universidad Católica, una vez más el ligamento cruzado. En esta ocasión lo operó el doctor Fernando Radice, «y nunca más tuve problemas con la rodilla», pero le seguiría un camino de desgarros por descompensación, falta de

continuidad y ansiedades. Inevitablemente, con cinco operaciones auestas, el fuego interno del defensor se iba apagando.

\*\*\*

«Nicolás Larrondo, el primer héroe de Canadá que deja el fútbol», preparó como gran golpe la sección de deportes del diario *La Tercera* el sábado 5 de octubre de 2013.

Aunque la verdad es que el defensa, con 26 años recién cumplidos, todavía se resistía a colgar los botines. En la misma nota, a modo de *spoiler*, sostuvo: «No puedo decir que soy un exfutbolista, porque nunca se sabe lo que puede pasar».

También era cierto que desde que dejó la «U», en Primera División había jugado sólo 22 partidos. En Huachipato, O'Higgins y Rangers no encontró regularidad, y en el desconocido Athlétic Club Arles-Avignon, de la Ligue 2 de Francia, quedó al margen tras la pretemporada. En su último club, Coquimbo Unido, nunca pudo amenazar la titularidad de Juan Grabowski y Luis Fuentes. Sin ofertas por primera vez en su carrera, decidió tomarse un año para dedicar sus energías a unos proyectos que le derivó su padre, una empresa de pintura —*Procolor Spa*— y otra de construcción —*Provetec Mining*—.

Y estaba en eso cuando, en 2014, Deportes La Serena tocó su puerta. Ganaría el mínimo. Más los premios podría eventualmente hacerse un sueldo «decente» para entonces. Pero la plata era lo de menos. Después de conversar con su entorno, se prometió intentarlo una última vez. Necesitaba demostrar, o demostrarse, que todavía podía ser ese defensa central considerado uno de los mayores proyectos de Universidad de Chile. Ese que, desde el fondo, transmitió seguridad y liderazgo para que La Roja obtuviera el tercer lugar en el Mundial de Canadá 2007. Ese que parecía merecer otro futuro.

Sin embargo, la historia no se prestó a la épica. A pesar de que fue titular casi toda la temporada, conflictos con la dirigencia, la renuncia de un DT, la llegada de otro —«el peor técnico que tuve en mi carrera»—, hicieron que un equipo que en las primeras fechas lideró el campeonato, luego casi descendiera. La desilusión de Larrondo fue tanta, que ahora sí se allanó a decirle adiós a la actividad. Ni siquiera recuerda cuál fue su último partido.

—Me terminó de aburrir el fútbol. Y en ese momento hice un raciocinio: era soltero, no tenía hijos, tenía 28 años y podía emprender. Si fallaba, no tenía grandes responsabilidades.

Tuvo ofertas para continuar. La más concreta, desde el sur. Deportes Temuco de Marcelo Salas.

—Pero no tenía ganas de seguir. La verdad ni siquiera sabía qué iba a hacer en ese momento, pero decidí retirarme.

Dos meses después, Chile fue campeón por primera vez en su historia de la Copa América luego de vencer vía lanzamientos penales a Argentina. El último penal de la definición lo pateó Alexis Sánchez. Probablemente, a estas alturas, sea el gol que más nos hemos repetido los chilenos. En YouTube hay por lo menos cuatro grabaciones en diferentes ángulos de ese momento, cuando Alexis intuyó el vuelo de Sergio Romero hacia un costado, y para engañarlo, definió suavemente al centro. El resumen completo que subió el canal «Pasión por la roja» lleva más de diez millones de visualizaciones a la fecha. Alexis Sánchez, como Arturo Vidal, Gary Medel y Mauricio Isla, todos en ligas europeas, habían sido compañeros de Larrondo ocho años antes, en Canadá. Sergio Romero, Ángel Di María y Sergio Agüero, sus adversarios en la recordada semifinal.

**—¿Qué sentiste cuando levantaron la copa?**

—Orgullo por ellos. Siempre pensé que podían lograr lo que lograron. Y más: el Alexis siempre fue de entrenar, entrenar, entrenar, como es ahora; Isla, siempre muy bueno también, y el Arturo es un superdotado. Si hubiese tenido

más disciplina, podría haber estado a la altura, un poquito más abajo de Messi y de Cristiano Ronaldo.

Nicolás Larrondo se recuesta en la silla con los brazos cruzados y sincera:

—Y envidia... de decir, puta, yo podría haber estado ahí. Pero al final, plantearlo, estar toda la vida con eso, *lo que yo podría haber sido*... —de golpe corta la frase, y se toma un segundo para reformular—: No lo fui.

El exdefensa central se dedicó un tiempo a la representación de jugadores. Fue artífice, por ejemplo, de la llegada de Pablo Mouche a Colo Colo. Pero se aburrió del trato con los jugadores y lo dejó. Ahora es el gerente deportivo del Real San Joaquín, aunque la mala relación con el técnico del plantel lo ha obligado a ocuparse mayormente del plano administrativo. También lleva adelante la academia *Double Five*, donde beca a jóvenes talentos para que sigan su carrera en Estados Unidos. A ellos, los más chicos, les repite que deben entrenar el «músculo» más importante: el cerebro, el motor que le impidió derrumbarse en sus momentos más críticos.

Y mientras, a sus 35 años, se permite soñar un último regreso:

—Quiero que Mateo me vea jugar. Es una locura, lo sé, pero quiero que Mateo me vea jugar... Segunda Profesional, no sé. Es un sueño. Y de que está lejos, está lejos, pero no lo descarto.

Con la sonrisa pintada, como al inicio, concluye.

—Claramente no me imagino jugando un partido en la «U».

## REFERENCIAS

### Diarios, periódicos y revistas

- *Don Balón* (Chile)
- *El Mercurio* (Chile)
- *La Tercera* (Chile)
- *Radio ADN* (Chile)
- *Qué Pasa* (Chile)
- *Sábado* (Chile)
- *The Clinic* (Chile)
- *Triunfo* (Chile)

### Medios electrónicos

- *memoriasdonbalon.cl/blog*
- *pelotudos.cl*
- *penal-largo.tumblr.com*
- *prensafutbol.cl*
- *solofutbol.cl*

### Sitios de documentación

- *chuncho.com*
- *doe.cl*
- *partidosdelaroja.com*
- *solofutbol.cl*

### Libros

Cristian Arcos. *Héroes: Sangre, sudor y barro en quince historias olvidadas del fútbol chileno*. Santiago: Planeta, 2018.

Diego Figueroa e Ignacio Morgan. *Los 11. Los mejores jugadores de la historia de la Roja*. Santiago: Catalonia-UDP, 2014.

Juan Cristóbal Guarello y Luis Urrutia O'Neil. *Anecdotario del fútbol chileno*. Santiago: Ediciones B, 2008.

Juan Cristóbal Guarello y Luis Urrutia O'Neil. *Anecdotario del fútbol chileno II*. Santiago: Ediciones B, 2011.

Revista Un caño. *22 locos. Los futbolistas más fascinantes de la historia*. Buenos Aires: Planeta, 2013.

Nicolás Vidal. *Cambio de juego. Historias desconocidas del fútbol chileno*. Santiago: Planeta, 2017.

### **Fuentes testimoniales**

- Juan Carreño
- Rodrigo Goldberg
- Nicolás Larrondo
- Juvenal Olmos
- Marcelo Vega
- Mariano Puyol

### **Fuentes documentales**

*A 20 años del “Candongazo”, la pelea de Juan Carreño en Osorno*. 27 de septiembre de 2018. TVN, Video; [https://youtu.be/SVM\\_aLWL4hM](https://youtu.be/SVM_aLWL4hM).

*Pelea en la cancha, furioso jugador de fútbol soccer*. 13 de marzo de 2011. «Videos asombrosos», People&Arts, Video; <https://youtu.be/P-zy3N1pEko>.

*El partido de mi vida — Rodrigo Goldberg*. De junio de 2022. Había una vez, TVN, Video; <https://youtu.be/J5MI1s23j-A>.

*Chile vs Argentina en el Mundial sub20 de Canadá – 2007*. 6 de julio de 2016. TVN, Video; <https://youtu.be/zHy-xgaaNTQ>.

*Gol de Nicolas Larrondo a Católica*. 31 de julio de 2021. Canal Pasión Infinita, Video; <https://youtu.be/f5zFKvmNFxk>

*Chile 0 (4) vs 0 (1) Argentina | Penales | Final Copa América 2015*. 5 de julio de 2015. Pasión por la roja, Video; <https://youtu.be/ATXMJOEt6zc>.